

saria para el éxito, práctica de las formas inglesas, sólidos estudios sobre hacienda, valor, bello nombre, inmensa fortuna, todo lo tenía para conseguir su objeto, y lo consiguió.

El 22 de Marzo, al recibirse la noticia de la insurrección de Milan, el señor Cavour publicaba estas líneas: "Hombre de espíritu sereno, mas habituado á escuchar los consejos de la razón que los impulsos del corazón, despues de haber pensado atentamente cada una de nuestras palabras, debemos declarar en conciencia: una sola via queda abierta á la nación, al gobierno, al rey: ¡la guerra! ¡la guerra inmediata y sin demora!

Sin embargo, el conde de Cavour no fué nombrado en las primeras elecciones políticas; pero habiendo quedado vacante un colegio de Turin pudo tener el honor de representar á sus conciudadanos en el Parlamento. Al ver desbordarse los sentimientos democrático y que surgen peligros por do quiera contra la obra de Carlos Alberto, tomó puesto en los escafus de la derecha y se puso enérgicamente á todas las medidas que podian debilitar la autoridad real.

Cuando fué presentada al Parlamento la ley de fusión de las provincias lombardo-venetas, el señor de Cavour se opuso á ella con vehemencia; temia por los intereses materiales de la ciudad de Turin que no hubiera podido ser la capital del reino de la Italia; temia sobre todo la revision de la Constitución pedida por los milaneses.

El conde de Cavour se consagró sobre todo á las cuestiones de hacienda; como tió á todo trance los planes del señor Revel, el hacendista mas hábil del Piemonte, al mismo tiempo que, el mas liberal de los ministros. Al recibirse la noticia de la derrota de Custoza, iba á alistarse entre los voluntarios; pero el aristocrata de Milan hacia inútil su partida.

Permaneció pues en la Cámara para defender el ministerio excesivamente moderado que el rey acababa de nombrar. Declaró la guerra á Gioberti y á sus partidarios, y especialmente á la oposicion democrática, á la cual habian fortificado y hecho temible las desgracias de la patria. En esta senda perdió toda su popularidad, tanto que en las elecciones siguientes no fué nombrado.

Con frecuencia entonces, cuando habló en la Cámara contra los miembros de la izquierda, el público cubrió su voz con sus silbidos; pero el conde de Cavour proseguia, tranquilo é irónico, su discurso, limitándose á invitar al presidente á que hiciera respetar la dignidad de la Cámara; asies que el 22 de Noviembre hizo evacuar las tribunas, y seis dias despues dijo á sus interruptores: "Los rumores no me turban; digo lo que creo verdadero y lo digo á pesar de los rumores y de los silbidos. Los que interrumpen insultan no á mí, sino á la Cámara, y este insulto lo participo yo con todos mis colegas... Ahora continuo," y continuaba con la misma serenidad.

Despues de la derrota de Novara, el conde de Cavour fué enviado de nuevo al Parlamento por sus antiguos electores; los tiempos eran dificultosos; la reacción levantaba la cabeza por todas partes; gracias al apoyo de la Rusia, el Austria habia domado á la Hungría; el ejército francés se habia apoderado de Roma y el Papa tomó posesion de sus Estados; el rey de Neápolis habia recuperado la Sicilia y adoptado su antiguo sistema de represion; los austriacos restablecian en su trono á Leopoldo II, y fué menester renunciar á los bellos ensueños de independencia italiana. Carlos Alberto habia ido á morir de dolor y de nostalgia en Oporto, Gioberti y Balbo habian muerto tambien y el partido avanzado se hallaba humillado.

Los reaccionarios cobraban por el contrario ánimo, y, aprovechándose de las faltas de la oposicion liberal, iban á apoderarse del poder. Cavour abandonó los escafus de la derecha para pasar al centro derecho, donde prestó grandes servicios al ministerio Azeglio.

Hizo tanto y tambien, que el 11 de Octubre de 1850, despues de la muerte de Santa Rosa, el rey le confió la cartera de la Agricultura y del Comercio.

Se dice que cuando el nombre de Cavour fué pronunciado, el rey dijo á sus ministros: "No comprendéis que ese hombrecito os eclipsará á todos?" Lo que así sucedió.

El 19 de Abril de 1850, Cavour pasó al ministerio de hacienda. Ahí empieza esa larga serie de hechos y de actos que todos conocen y que la Europa ha admirado constantemente.

La fusión con el centro izquierdo, las reformas financieras, los tratados de comercio que abrieron los mercados del Piemonte á los productos extranjeros.—la guerra de Crimea, la alianza francesa, el Congreso de Paris, la entrevista de Plombières, el matrimonio de la princesa Clotilde, la campaña de Italia, la anexión de la Italia central, la guerra en las Marcas, y en el reino de Nápoles, la proclamación del reino de Italia:—he ahí algunas proezas que bastarian para ilustrar no decimos á un hombre, sino á toda una regeneración.

Y todo esto ha sido realizado por Cavour en pocos años; preparando los acontecimientos y no dejándose dominar ni por los hombres ni por los partidos;

aprovechándose de las faltas de los enemigos de su país; hablando siempre alto por su rey y por la Italia; haciendo frustrar los cálculos de los antiguos y de los nuevos partidos; fortificando el principio monárquico y conquistando para la casa de Saboya todas las sin patas; jugando juego limpio pero hábil con los diplomáticos; rompiendo cuando era preciso con el mas fuerte; imponiendo al Piemonte los mas pesados sacrificios y haciéndoselos aceptar con valor:—de tal modo pudo ese ministro realizar lo que se creia imposible y hacer del pequeño reino surdo la poderoso monarquía italiana.

No narraremos todos los pormenores de esas grandes empresas que pertenecen de hoy mas á la historia y que parecerán increíbles á la posteridad.

Nos limitaremos por lo tanto á un rápido esbozo de la fisonomía y del carácter del gran ciudadano y del grande hombre de Estado por quien llora la Italia.

El señor de Cavour no era un orador que buscaba golpes de teatro, ó mejor dicho de tribuna; hablaba fácilmente, su palabra era clara, sus ideas estaban al alcance de todo el mundo. Sabia jugar con los sofismas, y cuando la causa se presentaba dudosa ó muy poco popular, envolvía su pensamiento en el giro de la frase, y esto con increíble habilidad. Muy a menudo respondia con un epigrama á un largo discurso. Varias veces, por el contrario respondia a la mas simple cuestion con un torrente de palabras, cuyo sentido era difícilmente penetrable.

Cavour no tenia un estilo poético; la lengua que hablaba no era bastante para en el sentido italiano; pero esto se le perdonaba por el atractivo que tenia su pronunciaci3n. Hablaba el frances con mas facilidad y corrección que el italiano. Lo que hacia atractivos los discursos de Cavour era la claridad de sus ideas, la habilidad que tenia para presentar las cuestiones. Agréguese á todo eso una erudición inmensa, un aire benévolo y modesto, y se tendrá una idea de la autoridad de sus discursos en el seno del Parlamento.

El señor de Cavour era un cumplido caballero; tenia el don raro de cautivar á cuantos le trataban; nadie salia de mal humor despues de una entrevista con él.—Sumamente rico, no derrochaba su haber, pero si lo empleaba como gran señor. Sus inquilinos y colonos de la provincia de Vercesi exaltaban su generosidad; en los años de escasez era la providencia del pobre.

Sentado en el banco de los ministros, jugando con su cortapluma, abriendo hojas conversando á derecha é izquierda, no por eso dejaba de oír á sus adversarios; y cuando la facundia de estos llegaba á ser peligrosa ó descubria algunos lados vulnerables, la figura del ministro se animaba, sus ojos lanzaban rayos al través de sus anteojos, sus manos se crispaban y todo su cuerpo se agitaba; desgraciados entonces de los señores Brofferios y Valerio, si el día que venis de ellos!

Se ha visto blanco de muchos odios, pero jamás ha guardado rencor á nadie. Su implacable adversario en el Parlamento era el señor Brofferio; no hay sarcasmo sangriento que este último no haya dirigido al ministro; y el vecino de Turin se hallaba atónito al salir de una sesion parlamentaria, viendo al diputado revolucionario paseándose del brazo con el ministro y sabiendo que este último aceptaba la hospitalidad del severo demócrata en su villa de Sorcavo.

El conde de Cavour queria verlo y hacerlo todo por sí mismo; ha desempeñado todos los ministerios; él de la Guerra durante la campaña de Italia, el del Interior en los momentos mas difíciles. Siempre salió de todo con honra, trabajaba de día y de noche como el mas incansable de los empleados... y ha muerto trabajando.

Las últimas palabras que han salido de sus labios manifiestan la constante preocupacion de su espíritu; queria Roma, y este voto, esta suprema aspiracion de su vida política no le abandonó sino en el último suspiro.

No queria estado de sitio en el país; en efecto, durante su larga administracion, nunca aplicó medidas excepcionales; siempre gobernó con la constitucion, y por nada en el mundo habria sufrido el menor ataque á ella.

Muere en medio del sentimiento y de los gritos de dolor de toda una nación. Desde los Alpes hasta el Etna la consternacion es general; se cree ahora que vá á faltar la clave de bóveda al edificio nacional, y hasta se teme.

Todos los partidos se dan la mano sobre esta tumba; únicamente los hombres del diario del Monde, con su implacable odio de partido, quieren decirnos que la unidad italiana se hace mas imposible que nunca, y que el nombre de Victor Manuel está mas comprometido que el de Pio IX.

No, mil veces no; la unidad italiana y el trono de Victor Manuel tan gloriosamente levantado por Cavour, no descansan en un hombre, sino en un principio. Ahora bien, los principios no sucumben. No tenemos ya á ese hombre de Estado que era la cabeza y el brazo de la Italia; pero tenemos delante de noso-

tros una nación entera que se hará diezmar antes que renunciar á su independencia, tenemos á la vista millones de hombres que seguirán sus ejemplos y se harán un deber de continuar la obra gloriosa del Conde de Cavour.

C. FERRARI.

## HECHOS.

**INSTRUMENTOS CIENTIFICOS.**—En la última reunion de la Sociedad geográfica de Londres celebrada el 15 del actual, llamaba la atención una coleccion de microscopios, algunos binoculares, de los mejores fabricantes ingleses, y por medio de uno de los cuales se observaba la maravillosa circulacion de la sangre en la cola de un pez; una coleccion de instrumentos de reflexion perfeccionados; el modelo de una locomotora de ferro-carril, movida por el electro magnetismo; una máquina motriz, teniendo tambien por motor el electro magnetismo, y un aparato en el cual se observaba el efecto que produce en el color de algunas llamas la introduccion de ciertas sales metálicas.

**DEFENSAS.**—Las costas de Inglaterra están actualmente divididas en once distritos, cada uno de los cuales está mandado por un capitán de navio con atribuciones de comodoro, teniendo á sus órdenes numeroso personal con medios de defensas permanentes y móviles. Consisten los primeros, ya concluidos, en baterías de costa armadas con cañones Armstrong, en una serie de fortificaciones rasantes, construidas principalmente en los puntos en que la disposicion de la costa hace mas fáciles los desembarcos, y en los puestos de guarda-costas y vigías, comunicándose recíprocamente. Dichos medios defensivos tienen como centro ó capital militar un puerto cómodo de refugio, profundo de fácil acceso, protegido por numerosas obras, con almacenes de provisiones y talleres para reparar los buques de guerra. Un navío de bélice denominado *Block-ship* se habia estacionado en aquel punto arbolando la insignia del gefe, que tiene ademas á sus órdenes cañoneras y baterías flotantes. Las defensas móviles las constituyen tropas de infantería de línea, milicias, voluntarios, aduaneros, guarda-costas organizados y armados militarmente. Para completar este sistema existe una reserva marítima importante, que ha recibido el nombre de escuadra del canal, cuyo cuerpo de batalla se compone de diez navios de hélice.

**COSTURERAS PARISIENSES.**—En una serie de artículos recién publicados en Francia se dan pormenores muy interesantes sobre las costureras de Paris. El autor ha hecho minuciosas investigaciones para averiguar la clase de trabajo que hacen y los jornales que ganan; y resulta que las costureras de Paris son, si es posible aun mas dignas de lastima que sus desdichadas compañeras de Londres. En Paris, desde 1847, los jornales de las costureras han ido disminuyendo constantemente; y hoy, por término medio, ganan 1 fr. y 25 cént. por dose horas de trabajo al día. Hé aquí la vida que pasan estas infelices, cuyas ganancias, cuando pueden trabajar, no pasan de cien duros al año:—Primeramente, en cuanto á su alojamiento. Esta es una de sus mayores dificultades, pues desde que Paris se ha embellecido con tantas nuevas calles y enormes casas que parecen palacios, las habitaciones de las clases trabajadoras son cada día mas caras y mas escasas. La miserable boardilla, en un sexto piso, cuesta de 100 á 150 frs. al año. Pongámola en 100. Para vestirse, la costurera gasta 115 frs., 36 para el lavado, 36 para fuego y luz, y solo le quedan 216 frs. para vivir, cantidad con que solo á fuerza de la mas rígida economía consigue no morir de hambre. Y para ganar esta insignificante suma, tiene que hacer ocho camisas diarias, ó coser seis pares de guantes, ó hacer seis chalecos, ó seis pares de pantalones. No es posible formarse una idea de la miseria de estas desdichadas mujeres.